

SUSAN WIGGS

Una casa junto al mar



Era verano y Rosa Capoletti estaba a punto de redescubrir el placer del amor y la risa, de la comida y el vino, de la amistad y el romanticismo... Con un poco de tesón y mucho encanto, Rosa Capoletti había convertido una destartada pizzería en un premiado restaurante nombrado «el mejor sitio para declararse» tres años seguidos. Ella, sin embargo, no había vuelto a conocer el amor desde que su relación con Alexander Montgomery acabó intempestivamente una década atrás. ¿Pero adivina quién había vuelto a la ciudad...? Al reencontrarse en la casa de la playa donde se enamoraron por primera vez, Rosa y Alexander descubrieron que los secretos del pasado no eran lo que parecían. Y, al hallar ante sí todo lo que deseaba, Rosa decidió buscar la felicidad con el hombre que antaño le había roto el corazón. Descubrió que en el amor, como en la vida, hay segundas oportunidades.

A la memoria de Trixie, amada compañera,
amiga fiel.

Primera parte

Antipasto

Antipasto: en italiano, aperitivo que se sirve antes de una comida. Se trata de platos destinados a excitar el apetito, no a calmarlo. «Antipasto» significa literalmente «antes de la comida». *Mamma* solía decir que era el plato antirruído porque mis hermanos, Robert y Sal, estaban tan atareados llenándose la boca que olvidaban quejarse de que tenían hambre.

Caponata

Este antipasto tiene un sabor excelente y queda precioso sobre una hoja de lechuga perfecta, aunque a Robert y a Sal jamás les importó un comino la presentación de un plato. Y hasta es bajo en calorías, aunque eso a ellos también les trajera al fresco. Debe servirse como un antipasto tradicional, con pan italiano crujiente y sabroso y una copa de Pinot Grigio bien frío.

Pelar y cortar una berenjena, sazonarla y dejar que escurra en un chino media hora como mínimo. A continuación, calentar una sartén gruesa y añadir un cuarto de taza de aceite de oliva, una cebolla pequeña bien picada y una rama de apio también picada. Añadir la berenjena y saltear. Por último, añadir tres tomates picados, tres anchoas machacadas y una pizca de azúcar, un cuarto de taza de vinagre de vino y una cucharada de alcaparras (las mejores son las de la isla de Pantelleria). Si a tu familia le gustan las aceitunas, puedes añadirle también unas cuantas junto con

una pizca de copos de pimiento rojo. Dejar cocer diez minutos, enfriar y dejar macerar una noche en un recipiente de cristal. Para una textura más suave y fácil de untar se puede batir la mezcla en la batidora eléctrica, pero sin pasarse. Las cosas demasiado suaves pierden su carácter.

Capítulo 1

Rosa Capoletti sabía que esa noche era la noche. Jason Aspoll iba a hacerle la gran pregunta. El escenario era perfecto: una noche de verano iluminada por la luz de las estrellas, un restaurante elegante a la orilla del mar, el sonido del cristal y los cubiertos tintineando suavemente por encima del suave murmullo de las conversaciones. A petición de Jason, el trío que tocaba los viernes por la noche estaba interpretando *Lovetown* y un par de parejas se mecían embelesadas al ritmo de su nostálgica melodía.

La luz de las velas temblaba por encima de sus copas de champán medio vacías, iluminando el semblante de Jason, encantadoramente nervioso. Sudaba un poco, y sus ojos se movían de acá para allá con emoción apenas contenida. Rosa sabía que quería hacer aquello bien.

Sabía que se estaba preguntando: «¿Le agarro la mano? ¿Me pongo de rodillas, o es una horterada?».

«Adelante, Jason», quería decirle. «Nada es demasiado hortera cuando se trata de amor verdadero».

Sabía también que el anillo descansaba en un estuchito de terciopelo negro oculto en el bolsillo interior de su chaqueta, justo al lado de su corazón acelerado.

«Vamos, Jason», pensó Rosa. «No tengas miedo».

Y entonces, justo cuando estaba empezando a preocuparle que se acobardara, él lo hizo: clavó una rodilla en el suelo.

Unos cuantos comensales cercanos se volvieron en sus sillas y los miraron con simpatía. Rosa contuvo la respiración mientras él hurgaba en el bolsillo de su chaqueta.

La música creció. Jason se sacó el estuche del bolsillo y Rosa vio que su boca formaba las palabras «¿Quieres casarte conmigo?».

Él le tendió el estuche del anillo, abriendo la tapa para que viera el precioso regalo. Le temblaba un poco la mano. Todavía no estaba seguro de que fuera a decirle que sí.

«Tonto», pensó Rosa. ¿Acaso no sabía que la respuesta sería...?

—La mesa siete ha devuelto el risotto —dijo Leo, el jefe de camareros, poniendo delante de Rosa un grueso cuenco de porcelana.

—Leo, por amor de Dios —respondió ella, estirando el cuello para ver más allá de él—. ¿Es que no ves que estoy ocupada? —lo empujó a un lado a tiempo de ver a su mejor amiga, Linda Lipschitz, levantarse de la mesa y rodear con los brazos a Jason.

—Sí —dijo Linda, aunque desde el otro lado del comedor Rosa tuvo que leerle los labios—. Sí, claro que sí.

«Esa es mi chica», pensó Rosa con los ojos empañados. Leo siguió su mirada hasta la pareja abrazada.

—Muy bonito —dijo—. Bueno, ¿qué hago con el risotto?

—Llévalo a la cocina —respondió Rosa—. De todos modos sabía que la salsa de mango era mala idea. Puedes decirselo a Butch de mi parte —dejó que Leo se ocupara del risotto mientras ella cruzaba el comedor. Linda lloraba y reía al mismo tiempo. Jason parecía rebosante de felicidad y quizá también un poco desfallecido de alivio.

—Rosa, no vas a creerte lo que acaba de pasar —dijo Linda.

Rosa se enjugó los ojos.

—Creo que puedo imaginármelo.

Linda le tendió la mano para enseñarle un reluciente diamante engarzado en oro.

—¡Ay, tesoro! —Rosa abrazó a Linda y dio a Jason un beso en la mejilla—. Enhorabuena a los dos —dijo—. Me alegro muchísimo por vosotros.

Había ayudado a Jason a escoger el anillo, le había dicho cuál era el tamaño adecuado para Linda, había elegido

la música y el menú y encargado las flores preferidas de Linda para la mesa. Habían montado el decorado hasta el último detalle. A Rosa se le daban bien esas cosas: hacer un acontecimiento de los momentos más especiales de la vida de las personas.

De otras personas.

Linda se puso a parlotear haciendo planes:

—El domingo iremos a ver a los padres de Jason, así podremos elegir entre todos la fecha...

—Para, para, amiga mía —dijo Rosa riendo—. ¿Qué te parece si bailas con tu prometido?

Linda se volvió hacia Jason con ojos brillantes.

—Mi prometido. Dios mío, me encanta cómo suena eso.

Rosa les dio un empujoncito hacia la pista de baile. Al estrechar a Linda en sus brazos, Jason miró por encima de su hombro y dijo «gracias» a Rosa moviendo los labios sin hacer ruido. Ella agitó la mano, se enjugó otra vez los ojos y se fue a la cocina. De vuelta al trabajo.

Iba sonriendo cuando cruzó el felpudo antirresbalones y entró en la cocina por las puertas batientes. Allí, la serena elegancia daba paso al caos controlado. Luces potentes y parrillas encendidas alumbraban al montón de pinches y cocineros y al sous-chef que trajinaban a toda prisa entre las encimeras de acero inoxidable. Los camareros daban golpecitos con los pies mientras comprobaban los pedidos antes de cruzar las puertas insonorizadas que protegían la quietud del comedor de los gritos masculinos y el estrépito de los platos.

La energía acelerada se alimentaba de testosterona, pero Rosa sabía cómo manejarse allí. Pasó entre una hilera de hombres con delantal provistos de enormes cuchillos o cazos de agua hirviendo que giraban los unos alrededor de los otros ejecutando su ballet de cada noche. El chorro de agua bramaba al chocar contra la pila de los platos sucios, y ráfagas ardientes procedentes de la parrilla Imperial quemaban como el aliento de un dragón.

—Espera —le dijo a un pinche que pasaba con un filete emplatado y generosamente rociado con confeti de pimientos de tres colores.

—¿Qué? —el pinche, un chico de Newport al que había contratado hacía poco, se detuvo junto a la encimera.

—Aquí no le ponemos guarnición a los filetes.

—¿Perdón?

—Es carne de primera calidad, corte especial de la casa. Sírvelo sin guarnición.

—Lo recordaré —dijo, y dejó el plato sobre la encimera para que lo recogiera un camarero.

Rosa se plantó delante de él.

—Vuelve a emplatar el filete, por favor. Sin guarnición.

—Pero...

Rosa lo miró con fuego en los ojos. «No recules», se advirtió. «No pestañees».

—Entendido —dijo el pinche, frunciendo el ceño al volver a la zona donde se daban los últimos toques a los platos.

—¿Y bien? —preguntó Lorenzo «Butch» Buchello, cuya cocina italiana estaba atrayendo a clientes de lugares tan lejanos como Nueva York y Boston.

—Ya está —Rosa sonrió y eligió un cuchillo de sierra de los muchos que había pegados a una barra de acero, en la pared—. Se ha puesto de rodillas y todo.

Ninguno de los dos dejó de trabajar mientras charlaban. Él siguió coordinando los postres mientras ella colocaba esponjoso pan blanco en una cesta.

—Me alegro por ellos —dijo Butch.

—Están muy enamorados —comentó Rosa—. Se me han saltado las lágrimas mientras los miraba.

—Eres una romántica incurable —Butch rodeó los profiteroles con un ribete de sirope de chocolate.

—Pues eso tiene cura —terció Shelly Warren tras ellos mientras recogía su comanda.

—Se llama matrimonio —dijo Rosa.

Shelly y ella levantaron las manos y las chocaron en el aire. Shelly llevaba diez años casada y aseguraba que, si trabajaba por las noches sirviendo mesas, era para no tener que pasarse horas sin fin mirando partidos de golf en la tele hasta que se le ponían los ojos vidriosos.

—Oye, no lo descartes hasta que lo hayas probado, Rosa —dijo Butch—. Por cierto, ¿qué hay de ese tipo con el que salías? ¿Dean como se llame?

—Bueno, la verdad es que sí que quería casarse —explicó ella.

A Butch se le encendieron los ojos.

—¡Vaya! Eso sí que es...

—Pero no conmigo.

Butch puso mala cara.

—Lo siento. No lo sabía.

—No pasa nada. Se ha unido a una larga y venerable lista de pretendientes con los que no encajaba.

—Esto empieza a convertirse en costumbre —comentó Butch. Metió unas varillas en un cuenco de natillas con marsala para hacer su famoso *zabaglione*—. Les ahuyentas y luego dices que no encajabais.

Ella acabó de llenar las cestas del pan.

—Esta noche no, Butch. Es la noche de Linda. Mándales un tiramisú con tu enhorabuena, ¿de acuerdo?

Regresó al comedor y se acercó al atril que miraba hacia la puerta principal. Era una noche de viernes perfecta en el Celesta's-by-the-Sea. Todas las mesas del comedor estaban orientadas hacia el panorama de un mar infinito y adornadas con flores frescas, manteles almidonados y vajilla y cubiertos de excelente calidad.

Era la clase de escena con la que solía soñar cuando el local era una pizzería de mala muerte. Las parejas bailaban al ritmo suave de un *blues* y los címbalos de la batería brillaban tenuemente con un eco sensual. Fuera, en la terraza, la gente escuchaba el oleaje y miraba las estrellas. Los tres años anteriores, el Celesta's había sido elegido «El mejor si-

«tio para declararse» por la revista *Coast*, y esa noche ejemplificaba a la perfección su peculiar encanto: brisa marina, arena y olas formaban el telón de fondo natural del afamado restaurante.

—¿Has llorado? —preguntó Vince, el *maître*, apareciendo a su lado. Linda, Vince y ella se conocían desde la infancia. Habían ido juntos al colegio y habían sido inseparables. Ahora, él era el *maître* más guapo de toda la región. Alto y delgado, iba impecablemente vestido con un traje de Armani y zapatos de Gucci. Sus gafas montadas al aire realzaban sus ojos de pestañas oscuras.

—Por supuesto que he llorado —contestó Rosa—. ¿Tú no?

—Puede ser —reconoció con una sonrisa cariñosa, mirando a Linda—. Un poco. Me encanta verla tan feliz.

—Sí. A mí también.

—Bueno, ya solo quedas tú —comentó él.

Rosa puso los ojos en blanco.

—No empieces tú también.

—¿Butch ya te ha dado la lata?

—¿Qué hacéis, quedaros despiertos por las noches hablando de mi vida amorosa?

—No, cielo. De tu falta de vida amorosa.

—Dame un respiro, ¿de acuerdo? —dijo con una sonrisa mientras un grupo de cuatro personas salía del restaurante. Vince y ella habían perfeccionado el arte de discutir poniendo cara de llevarse a las mil maravillas.

—Por favor, vuelvan otro día —dijo Vince con una expresión tan cálida que las dos mujeres se volvieron para mirarlo. Él miró la pantalla de ordenador discretamente colocada bajo la superficie del atril y echó un vistazo a la cuenta de los clientes que acababan de marcharse—. Tres botellas de Antinori.

Rosa dejó escapar un suspiro de felicidad.

—A veces adoro este trabajo.

—Tú siempre adoras este trabajo. Demasiado, en mi opinión.

—No eres mi psicoanalista, Vince.

—*Ringrazi il cielo* —masculló él—. No tendrías suficiente para pagarme.

—Oye...

—Es broma —le aseguró—. Buenas noches, amigos —les dijo a tres clientes que se marchaban—. Gracias por venir.

Rosa contempló sus dominios con orgullo, aunque algo cansada. Al Celesta's-by-the-Sea la gente iba a enamorarse. Pero el restaurante también era el paisaje emocional de Rosa: estructuraba sus días, sus semanas, sus años. Había volcado todas sus energías en el restaurante para crear un lugar donde la gente celebrara los acontecimientos más importantes de su vida: compromisos matrimoniales, graduaciones, aniversarios, ascensos... Iban allí a escapar de las prisas y los rigores de la vida cotidiana sin saber que cada detalle del lugar, desde las pantallas de alabastro de las lámparas a las fundas de chenilla importada de las sillas, había sido ideado para crear un ambiente de lujo y confort, solo para ellos.

Rosa sabía que ese esmero en el detalle, junto con la incomparable cocina de Butch, había convertido su restaurante en uno de los mejores del condado, quizás de todo el estado. El eje del local era una barra de acero con los bordes torneados formando olas. La barra, que Rosa había encargado a un artesano local, tenía como fondo un panel de cristal azul iluminado desde abajo. En su centro había una concha de nautilo por cuyos resquicios y recovecos brillaba la luz trémulamente. La gente parecía sentirse atraída por aquella misteriosa iridiscencia y a menudo preguntaba de dónde procedía y si era real. Rosa sabía la respuesta, pero nunca la decía.

Consultó la hora en la pantalla con disimulo. Ninguno de los camareros llevaba reloj de pulsera, y no había ningún

reloj a la vista. La gente que iba allí a relajarse no debía notar el paso del tiempo, pero la pequeña pantalla del ordenador indicaba que eran las diez de la noche. No esperaba que llegaran muchos más clientes, salvo quizá para el bar.

Calculó de un solo vistazo que la caja de esa noche sería muy buena.

—Cuánto me alegro de que ya esté aquí el verano —le dijo a Vince.

—¿Sabes?, para la gente normal el verano suele ser época de vacaciones. Para nosotros, en cambio, significa que nuestra vida pertenece al Celesta's.

—Es normal —a Rosa nunca le había importado trabajar duro. No tenía apenas vida fuera del restaurante, y se había convencido a sí misma de que le gustaba que así fuera. Tenía a su padre, claro, que a sus sesenta y cinco años seguía siendo tan independiente como siempre y que le reprochaba que se preocupara demasiado por él. Su hermano Robert estaba en la Marina, destinado con su familia en el extranjero. Su otro hermano, Sal, también estaba en la Marina, aunque él era sacerdote católico y servía como capellán. Su padre y sus hermanos, sus sobrinos y sobrinas, eran su familia.

Pero el Celesta's era su vida.

Miró a hurtadillas a Jason y Linda, y le pareció ver chiritas en sus ojos. A veces, cuando miraba a parejas felices que se agarraban de las manos sobre las mesas del restaurante, notaba una sensación agri dulce. Y luego siempre fingía, incluso ante sí misma, que no importaba.

—Te doy dos meses libres todos los años —le dijo a Vince.

—Sí, enero y febrero.

—La mejor época del año en Miami —le recordó—. ¿O es que Butch y tú pensáis renunciar a vuestro piso allí?

—Está bien. Entendido. No tendría el piso si no fuera por...

Les interrumpió el ruido de las puertas de un coche al cerrarse. Rosa miró discretamente la pantalla del ordenador. Las diez y cuarto.

Retrocedió mientras Vince ponía su sonrisa marca de la casa.

—Ya podemos despedirnos de acostarnos temprano —dijo Vince entre dientes a pesar de que su expresión indicaba que llevaba toda la vida esperando a los siguientes clientes.

Rosa los reconoció al instante. No de nombre, claro. En verano había demasiada gente en la costa para eso. No, los reconoció porque pertenecían a un «tipo». Eran veraneantes. Las tres mujeres exudaban belleza y aplomo. La más alta llevaba el pelo perfectamente liso y rubio recogido sin aparente artificio con una fina goma. Su ropa de alta costura (falda negra de tubo, blusa de seda y zapatos planos de cabritilla) era de una sutil elegancia. Sus dos amigas eran, en cuanto a estilo, dos clones de ella: llevaban el pelo liso, maquillaje discreto y las mangas estudiadamente enrolladas. Lucían aquel atuendo como solo podían hacerlo los miembros de las clases privilegiadas.

Rosa y Vince habían crecido compartiendo el verano con personas así. Para los visitantes estacionales, los lugareños existían con el único propósito de servir a los moradores de las venerables casonas que bordeaban las playas vírgenes, como habían hecho sus antepasados un siglo atrás. Eran aquellos cuyas galas benéficas aparecían en las revistas de decoración, cuyas bodas se anunciaban en el *New York Times*. Los que nunca se paraban a pensar en cómo era la vida de la sirvienta que les cambiaba las sábanas, la del pescadero que les llevaba la pesca del día, las de las limpiadoras que planchaban sus camisas de algodón Sea Isle.

Vince le dio un codazo por detrás del atril.

—Esas son de yate. Prácticamente llevan «Bayley's Beach» escrito en la frente.

Rosa tuvo que reconocer que aquellas mujeres no desentonarían en la exclusiva playa privada situada al final del camino que bordeaba los acantilados de Newport.

—Sé bueno —le advirtió.

—Yo nací bueno.

Se abrió la puerta y tres hombres se reunieron con las mujeres. Rosa les dedicó su sonrisa de bienvenida de costumbre. Luego, el corazón le dio un ligero brinco al fijarse en un hombre alto y rubio. No podía ser, se dijo. Esperaba (rezaba por ello) que fuera un efecto óptico. Pero no lo era, y se le congeló la expresión cuando, al reconocerlo, el frío la caló hasta los huesos.

Era lógico, se dijo mientras intentaba no hiperventilar. Algún día, tarde o temprano, tenía que encontrárselo.

—Oh, oh —masculló Vince, asumiendo una postura que parecía más defensiva que acogedora—. Aquí vienen los Montesco.

Rosa luchó contra el pánico, pero notó que perdía la batalla. «Eres una mujer adulta», se dijo. «Puedes dominarte perfectamente».

Pero era mentira. En un abrir y cerrar de ojos volvió a tener dieciocho años y a sufrir desesperada por el chico que le había roto el corazón.

—Voy a decirles que hemos cerrado —dijo Vince.

—No vas a hacer nada parecido —le susurró Rosa.

—Entonces voy a darle una paliza.

—Vas a ofrecerles una mesa, y que sea buena —cuadrando los hombros, clavó los ojos en un hombre al que hacía diez años que no veía, un hombre al que había esperado no volver a ver.